

Caldas. Frente a la alarmante vigencia y consecuencias de estas representaciones y estigmatizaciones de las regiones y sus habitantes, *Una cultura de invernadero* llama a la producción de otras formas de relación entre naturaleza y cultura que sean, efectivamente, generadoras de paz.

Vanessa Miseres

University of Notre Dame

Carlos García-Bedoya Maguiña. *El capital simbólico de San Marcos. Estudios literarios: figuras representativas.* Lima: Pakarina Ediciones/Fondo Editorial de la Universidad Nacional Mayor de San Marcos, 2016, 168 pp.

Los críticos literarios son aquellos intelectuales cuya labor consiste en producir sentido a partir del encuentro con la literatura. Cuando esta experiencia reflexiva se propone como minucioso trabajo de descomposición de las estructuras textuales para su análisis según los presupuestos de la teoría, la hermenéutica y la historia literarias, cuando estamos frente a este modo de práctica crítica que calibra los sentidos del texto en función de la lógica textual y en diálogo con los sentidos que circundan el contexto social, sólo en ese caso, el quehacer reflexivo sobre la literatura supera el paso del tiempo, y el trabajo del crítico logra posicionarse como un acompañante paralelo, suplementariamente fundamental, a la producción literaria del poeta, el narrador o el dramaturgo. En el campo de la crítica literaria peruana del siglo XX existen notables paralelos donde la producción literaria avanza junto

con la explicación e interpretación del texto crítico: no se puede desligar la narrativa de Abraham Valdelomar del trabajo crítico de Armando Zubizarreta (1933), así también, la poesía de Vallejo de la crítica de Américo Ferrari (1929-2016) o la narrativa inicial de Vargas Llosa del acompañamiento crítico de José Miguel Oviedo (1936). La reciente publicación de Carlos García-Bedoya *El capital simbólico de San Marcos. Estudios literarios: figuras representativas* se interesa, precisamente, en explicar cuál es el aporte intelectual (“capital simbólico”) de críticos literarios vinculados a la Universidad Nacional Mayor de San Marcos, y que tuvieron una función primordial en el proceso de constitución y modernización de los estudios literarios en el Perú. Se trata de estudiosos de la literatura que socializaron sus primeras investigaciones entre la década de los años 30 y los 80. García-Bedoya escoge a Estuardo Núñez (1908-2013), Francisco Carrillo (1925-1999), Washington Delgado (1927-2003), Carlos Eduardo Zavaleta (1928-2011), Alberto Escobar (1929-2000), Antonio Cornejo Polar (1936-1997), Tomás G. Escajadillo (1939) y Raúl Bueno (1944). Y responde a las preguntas ¿Qué caracteriza el quehacer crítico de cada uno de ellos y cuál es el aporte que realizaron?

Si bien el texto de García-Bedoya no se organiza por capítulos, sino por la presentación sucesiva de autores, estos pueden ser distribuidos en dos grandes grupos. El primero lo constituirían quienes operan los denominados tres giros: el teórico, el interpretativo y el lati-

noamericano, para cada caso (y en ese orden), Núñez, Escobar y Cornejo Polar. Afines a este grupo, y como continuadores y enriquecedores de las propuestas categoriales del campo literario, se integrarían Escajadillo y Bueno. El otro grupo estaría conformado por estudiosos cuya labor crítica es complemento de su quehacer creativo poético o narrativo: Carrillo, Delgado y Zavaleta. Las ideas literarias que enmarcan el accionar del primer grupo están signadas por el predominio del historicismo positivista, el biografismo y el impresionismo de Sánchez y Tamayo. La reflexión analítica aún no emerge y lo que se privilegia es la información anecdótica o el determinismo historicista. Son los años de la década del 30 y 40 cuando Núñez inicia el proceso de transformación de los estudios literarios tradicionales. Él crea la primera cátedra de Teoría Literaria “dejando de lado la anquilosada y tradicional opción del curso de Literatura General, afinada todavía en una orientación de cuño preceptivo y normativo” (13). También desarrolla sistemáticamente la práctica comparatista, que se hizo efectiva inaugurando no sólo el enfoque, sino el interés por estudiar las representaciones que hacían los escritores extranjeros de la realidad peruana (*Viajes y viajeros extranjeros por el Perú. Apuntes documentales con algunos desarrollos histórico-biográficos*, 1989). Asimismo, aunque no la inauguró, sentó las bases para aproximarse modernamente a la poesía, ya sea desde una perspectiva monográfica comentando el ritmo, las imágenes y metáforas, o cartográfica comparando textos diversos,

como él lo hace en *La poesía de Eguren* (1931) y *La literatura peruana en el siglo XX* (1965). Por ello, para García-Bedoya, Núñez es quien representaría el llamado “giro teórico”, esto es, sería el responsable de dotar a los estudios literarios de un lenguaje y una perspectiva formal acorde con las investigaciones teóricas realizadas en el mundo moderno. En esta línea de trabajo que intenta superar el tradicionalismo crítico, será Escobar el encargado de complementar el rigor y la proyección científica de los estudios literarios; él “introduce en el Perú una disciplina entonces novedosa, la interpretación de textos literarios” (36). Sus libros *Patio de Letras* (1958) y *La partida inconclusa* (1970) proporcionan una imagen clara de su quehacer hermenéutico. Este se caracteriza, fundamentalmente, por sistematizar los aportes de las modernas teorías literarias y las metodologías que se derivan de estas (estilística, fenomenología, estructuralismo), lejos de “los peligros de un inmanentismo estrecho” (36); lo que su análisis pone en marcha (cuando asedia la escritura del Inca Garcilaso, Arguedas, Vargas Llosa o cuando realiza la periodización de la tradición poética peruana) es un quehacer analítico que busca “aprehender las categorías que dan cuenta de la obra como totalidad y que permiten desentrañar su estructura” (36) en diálogo con el contexto social. Acaso por esta disposición de examinar la literatura como una estructura que tiene niveles a los que se va penetrando para advertir la interacción con las estructuras que modelan el imaginario social, acaso por ello, es que tam-

bién orientó su interés a cuestiones de lingüística y sociedad, como queda explicado en *El reto del multilingüismo en el Perú* (1972) y *Variaciones sociolingüísticas del castellano en el Perú* (1978). Resulta evidente que el aporte de Escobar impacta tanto en el campo literario como en el lingüístico, pero restringiéndonos al primero, es él quien inicia a fines de la década de los años 50, según García-Bedoya, el llamado “el giro interpretativo”. Se trata de una reorientación analítica que reconoce la particularidad estructural del texto y la necesidad metodológica de hacer que sus componentes intrínsecos dialoguen con las variables que conforman el contexto de recepción. De este modo, la práctica crítica no es una actividad autocontemplativa, sino que se inserta dentro del debate sobre los problemas sociales. Estos dos movimientos (o “giros”) uno de orden teórico y otro de carácter hermenéutico, se complementan con el llamado “giro latinoamericano” que opera Antonio Cornejo Polar en sus principales textos, entre ellos: *Los universos narrativos de José María Arguedas* (1973), *Sobre literatura y crítica literaria latinoamericanas* (1982), *La formación de la tradición literaria en el Perú* (1989) y *Escribir en el aire. Ensayo sobre la heterogeneidad socio-cultural en las literaturas andinas* (1994). Cada uno de los títulos ilustra la vocación de su autor no sólo por la narrativa indigenista, el conocimiento del espesor social de las literaturas andinas, la reflexión teórica y el quehacer crítico, sino también hace visible una de las constantes de su pensamiento: el llamado de atención sobre la necesidad de producir

categorías teóricas propias para describir los procesos de significación del texto latinoamericano. Precisamente por ello, se explican algunas de las categorías: “heterogeneidad”, “totalidad contradictoria” y “sujeto migrante”. La primera “tal vez la que goza de mayor aceptación en los medios especializados, pues es un concepto diseñado para enfrentar una problemática crucial, la de la diversidad y entrecruzamiento conflictivo de realidades sociales y culturales en el Perú y América Latina” (53). Se trata, evidentemente, de un quehacer reflexivo y una práctica crítica complejas; para García-Bedoya (quien precisa también las etapas de formación crítica que tuvo Cornejo Polar en Arequipa, Lima y los EEUU) el aporte de este intelectual sanmarquino es “globalizador” porque “abarca” tanto la teoría, la historia y la crítica literaria (cf. 51).

Si bien Núñez, Escobar y Cornejo son los que operan los tres giros que modernizan los estudios literarios desde la década de los años 30 hasta los años 70, quienes prolongarían y enriquecerían sus indagaciones son Escajadillo y Bueno. El primero sigue la lección de Mariátegui cuando “subraya por ejemplo la importancia que [este le asigna] a la matriz colonial de la que surge nuestra literatura” (142) y sintetiza los aportes realizados por la teoría y la crítica modernas, así busca “conjugarse el atento y pormenorizado análisis del texto literario con el examen de los contextos culturales y sociales en los que se inscribe el hecho literario, la práctica literaria” (138). De esta manera, penetra en la densidad literaria y

social de la narrativa indigenista, corriente que, junto a Antonio Cornejo Polar, contribuye a conocer. Por su parte, Bueno, como Escobar, registra en su haber la publicación de poemarios, no obstante, su contribución a la crítica se calibra por la continuación y enriquecimiento del legado intelectual de Antonio Cornejo Polar: “Bueno aquilata acertadamente de qué manera categorías teóricas como por ejemplo las de heterogeneidad o sujeto migrante, surgidas desde la crítica y la teoría literarias, pueden constituirse en herramientas de gran valía para los estudios culturales o, con más propiedad, para los estudios de la cultura en América Latina, y quizá también a nivel mundial, en este planeta signado por una globalización que ha generado un enrevesado y heterogéneo entrelazamiento de culturas” (152).

A estos intelectuales literarios del primer grupo se suman otros cuyo interés por la crítica es complementario a su actividad literaria. El aporte de este segundo grupo conformado por Carrillo, Delgado y Zavaleta se expresaría en distintas áreas literarias. Carrillo contribuye sistemáticamente con el conocimiento de las crónicas coloniales mediante los nueve tomos de su *Enciclopedia histórica de la literatura peruana* (1986-1999), así como también, a través de su libro *Diario del Inca Garcilaso* (1996) “uno de los más notables de prosa poética” (107) donde el autor vierte sus conocimientos sobre el Inca y sobre la época colonial (cf. 107). Delgado, por su parte, practicó una crítica periodística y una académica, precisamente, por ello su rigor queda

expresado en su *Historia de la literatura republicana. Nuevo carácter de la literatura en el Perú independiente* (1980). Mientras que Zavaleta no sólo introduce las nuevas técnicas narrativas, sino que se dedica a estudiar sistemáticamente a los escritores de la denominada generación del 50, por lo que sería, según García-Bedoya “el mayor responsable de la renovación técnica que experimentó nuestra narrativa desde la década del 50” (124). Lo distintivo de estos creadores que combinan el quehacer artístico y crítico es que contribuyen con la comprensión del campo literario peruano: Carrillo con la sistematización y publicación de los discursos de la colonia; Delgado con la periodización de la literatura peruana que busca superar el signo positivista de las historias literarias; y Zavaleta con la investigación sobre la generación del 50 y la explicación de las nuevas técnicas narrativas que modernizaron el quehacer narrativo local.

La presentación del aporte cognoscitivo de estos intelectuales sanmarquinos mantiene la lógica expositiva que su autor les dio cuando estos fueron publicados en distintas revistas como *Letras*, *Revista de Crítica Literaria Latinoamericana* y *San Marcos*, entre los años 2006-2010. Es decir, cada uno de ellos mantiene autonomía con respecto a los demás. No obstante, si leemos desde los inicios de la actividad crítico-comparativa de Estuardo Núñez hasta la práctica crítico-reflexiva de Raúl Bueno, y si tomamos como referencia los años de publicación de sus primeros textos (1930-1980), *El capital simbólico de San Marcos. Estudios literarios: figu-*

ras representativas, de García-Bedoya, cubre (sin pretenderlo) medio siglo de producción crítica, esto es, un importante tramo histórico en donde el campo literario peruano experimentó diversos procesos de transformación como el objetual (que reconoció la coexistencia conflictiva de sistemas literarios), el epistémico (que procedió por la implementación del paradigma lingüístico) y el metodológico (que adoptó el utillaje conceptual proveniente de las diversas orientaciones teóricas); estos fueron cambios que permitieron definir lo que son los estudios literarios en la actualidad. Si bien merecieron explicarse las nomenclaturas clasificatorias de “giro teórico”, “giro interpretativo” y “giro latinoamericano” para tener claro su especificidad, más allá de los aires de familia que el uso puede evocar con aquel otro que se emplea en el contexto inglés con el nombre de *turn* (y sus variadas combinaciones: lingüístico, teórico, hermenéutico, cultural, entre otros); si bien el abordaje de algunos creadores críticos como Delgado o Zavaleta merecieron mayor detenimiento explicativo sobre todo para reparar en los rasgos de su producción ensayística, acaso para presentarlas como un tipo de práctica crítica diferente a la de sus coetáneos; al margen de ello (que hace evidente la falta de conexión entre uno y otro), existe una constante en los ocho artículos que componen el libro y que resitúan su significación. Se trata de la presencia de la voz testimonial que se dibuja en enunciados como: “solo pude escucharlo un par de veces, cuando su salud se encontraba ya deteriorada. Sin

embargo, me siento estrechamente ligado a su magisterio” (28), o este otro donde también se evidencia el testimonio de vida: “pero tal vez tan importante como su magisterio en las aulas ha sido para mí (y creo que para muchos) el poder contar con su generoso apoyo fuera de ellas” (47). Son enunciados testimoniales que hacen explícito el tributo intelectual del discípulo al maestro; así, *El capital simbólico de San Marcos. Estudios literarios: figuras representativas*, se propone como un reconocimiento de los aportes del pasado para comprender el curso de los hechos del presente, y si el capitalismo avanzado instauró la lógica de la sustitución acelerada para perder el sentido de la memoria y con ello para producir un desprecio por la historia, el texto de García-Bedoya parece darnos una lección de cómo evitar incurrir en la miseria de la crítica dominada por esta lógica; en cada una de las estancias donde reposa el recuerdo que hace presente la lección del maestro, se encuentra un conocimiento, una revelación, una intuición, una muestra afectiva, y pese a que seis de los ocho maestros están muertos, se evoca su vivo legado para no morir de desesperanza.

Javier Morales Mena
Universidad Nacional
Mayor de San Marcos